

## CAPITULO LI.

Estallan las disensiones entre los aragoneses y navarros. — La Campana de Huesca. — Abdicacion de D. Ramiro el Monje. — Ramon Berenguer III, el Grande. — Conquista de las Baleares. — Su expedicion á Génova y Pisa. — Ramon Berenguer IV. — Su casamiento con la hija de D. Ramiro de Aragon. — Únense las coronas de Aragon y Cataluña.

DADA la situacion en que se encontraban Navarra y Aragon, no era posible que permanecieran amigos por mucho espacio, los monarcas de uno y otro punto.

A pesar del arbitrio tomado en Vadoluengo por los seis jurados nombrados por los dos reinos al objeto de que reinara la paz y concordia entre ellos, la noticia recibida por el rey Ramiro de Aragon en ocasion de hallarse en Pamplona, de que D. Garcia trataba de apoderarse de su persona, obligándole á ausentarse precipitadamente, hizo ya inevitable la guerra entre los dos estados.

Los respectivos monarcas comenzaron á hacer sus preparativos, pero mientras el de Navarra, mas belicoso y simpático encontraba fácil ayuda en los nobles de su reino, D. Ramiro, cuyas extremadas liberalidades con los magnates y cuyas donaciones imprudentes á los monasterios habian debilitado su autoridad y disminuido sus rentas, ni era tenido en consideracion por aquellos, ni respetado por el pueblo, que le apellidaba el *Rey-cogulla*, aludiendo á su debilidad é impericia para la gobernacion del Estado.

De aquí que no se viera tan eficazmente apoyado como el navarro, viéndose obligado á pedir auxilios al rey de Castilla, quien accedió á dárselo mediante la cesion que el aragonés le hizo de Calatayud y otros pueblos de la ribera del Ebro.

A esta época refiérese el ruidoso suceso de la campana de Huesca, famosa justicia atribuida al rey D. Ramiro, que la moderna critica rechaza y que los escritores mas próximos al tiempo á que ese suceso se refiere omiten como si le ignorasen, siendo una prueba su silencio, de la inverosimilitud de un hecho tan distante de los hábitos y costumbres de aquel monarca.

Zurita le acoge con desconfianza, y si cita el hecho es refiriéndose á unos anales catalanes, y nosotros omitimos los detalles de semejante acontecimiento, porque de acuerdo con el erudito historiador Lafuente, creemos completamente inadmisibile semejante cuento aplicado á un príncipe tan apocado é irresoluto como don Ramiro, y sobre todo porque no le vemos plenamente justificado por la historia.

En 1136 reunió el Monarca aragonés cortes en Huesca, en las cuales indicó su propósito de renunciar á la corona que tanto pesaba á unas sienas incapaces de sostenerla, y puesto que de su matrimonio tenia una hija llamada Petronila, esta podia sucederle en el trono que ni habia apetecido ni tuvo fuerza de voluntad suficiente para renunciar cuando se le fueron á ofrecer.

Tratóse entonces de ver á quién se elegia para esposo de la tierna niña, y aun cuando hubo algunas indicaciones respecto al hijo del emperador Alfonso, merced á las buenas gestiones de Guillen Ramon de Moncada, senescal de Cataluña, quedó concertado en 11 de agosto de 1137 el matrimonio de la infanta con Ramon Berenguer, hijo de Ramon Berenguer III el Grande, jurando en 24 del mismo mes todos los burgueses de Huesca fidelidad y obediencia al nuevo rey.

En noviembre se ratificó D. Ramiro en su abdicacion, haciéndola ya absoluta concesion de cuanto retenia, en favor de su yerno, y se retiró á San Pedro el Viejo de Huesca, permaneciendo hasta su muerte, retirado por completo de los negocios.

Antes de continuar adelante, y puesto que semejante acontecimiento fue de tanta importancia para Cataluña en particular y para España en general, debemos hacernos cargo de la situacion de aquel estado.

En uno de nuestros capítulos anteriores dejamos ya á Ramon Berenguer III, hijo del asesinado, ciñendo la condal corona y mostrando por sus primeros actos las relevantes dotes de que se hallaba adornado y de lo que podia esperar de él aquel país, que á tan alto grado de esplendor habia de llegar.

Animoso y audaz, ayudado por los valientes condes de Pallás y de Urgel, acometió denodadamente á los infieles, y tomó una parte muy activa en la ruina de los Beni-Hud de Zaragoza, de que ya hemos hablado.

Los almoravides intentaron hacer dos entradas por las tierras catalanas, y las dos veces fueron derrotados, y en 1112, con motivo de la muerte de su esposa D.<sup>a</sup> Almodis, contrajo terceras nupcias con D.<sup>a</sup> Dulcia, que le trajo en herencia los ricos estados de la Provenza, aumentándose poco despues el patrimonio del esforzado conde con la adquisicion del de Besalú y los feudos del vizconde de Carcasona y de su hijo Roger.

Por esta época presentósele al conde Ramon Berenguer nueva ocasion de adquirir prez y fama y gloria para el estado que regia. Los infieles que habitaban las Baleares, al abrigo de sus puertos infestaban los mares, y sus piraterías causaban daños de gran consideracion, especialmente á la república de Pisa, cuyo comercio era de gran importancia.

Decidida esta á concluir de una vez con los piratas, aun cuando tuviera que ir á atacarlos en sus mismas guaridas, armó en 1113 una flota, habiendo concedido el papa Pascual II los honores de cruzada á esta expedicion.

Dióse á la vela, y una tempestad la obligó á arribar á las cos-

tas catalanas. Los naturales, conocedores del objeto de aquella empresa pidieron tomar parte en ella, y el Conde, despues de conferenciar con los pisanos, accedió á su demanda, y á su vez los de la flota le dieron el mando supremo de todas las fuerzas.

Hicieron en Cataluña los preparativos y en junio de 1114 leváron anclas con direccion á las islas. El 10 de agosto el estandarte de los cristianos ondeaba sobre el último baluarte de Ibiza, y repartido el cuantioso botin recogido en ella, hicieron rumbo hácia Mallorca.

Combates sin cuento, enfermedades, privaciones de todo género esperaban á los cristianos ante los muros de aquella plaza, pero no se desanimaron por ello. Al contrario, cuanto mayores eran los azares, mas grande era su constancia; cuanto mas bravura ostentaban los sitiados, mas grande era el valor de los sitiadores, hasta que finalmente en los primeros dias de febrero, dióse el asalto por tres distintos puntos.

Diez veces fueron rechazados y otras tantas tornaron con nueva furia y con mas helicoso ardor á las escalas, hasta que dueños del primer recinto, fue debilitándose la energia de los defensores, pudiendo cantar victoria los aliados, despues de una lucha tan encarnizada como pertinaz.

Aparte del inmenso botin que se obtuvo en aquella expedicion, quedaron libres multitud de cautivos que bendecian con lágrimas en los ojos á sus valerosos libertadores, y D. Ramon Berenguer no solamente adquirió mucha gloria con tales hechos de armas, sino que abrió á los pueblos una nueva via de prosperidad con el comercio que podia sostener ya con los puertos de Italia.

Las conquistas hechas en las Baleares no podian por ningun estilo conservarse por los conquistadores, tanto porque ninguno de los dos podian dejar en ellas guarniciones tan considerables como requerian, cuanto porque ya los infieles mandaban tambien varias expediciones en su socorro, asi fue que regresaron á sus respectivos países ambos aliados.

No tardó mucho tiempo el conde de Barcelona en dirigirse en una flota catalana á Génova, donde fue perfectamente acogido, haciendo rumbo despues á Pisa, donde al decir de las crónicas, se le hizo una solemne recepcion.

Renovóse con este motivo la alianza entre ambos Estados, y desde este punto envió el Conde catalan una embajada al Pontífice en demanda de que concediera los honores de una cruzada á la guerra que pensaba emprender contra los moros de Cataluña. Orogósele de buen grado Pascual II, y Ramon Berenguer, satisfecho del buen resultado de su nueva expedicion tomó la vuelta de su patria viéndose obligado al pasar por la Provenza á atacar y poseerse de la fortaleza de Castellfoix, que se habia separado de su obediencia, encontrándose al llegar á Barcelona con otra nueva adquisicion que era la del condado de Cerdeña, por el fallecimiento sin sucesion, del conde Bernardo Guillermo.

Hemos hablado de la guerra que Ramon Berenguer pensaba emprender contra los musulmanes catalanes, para la cual pidió al Papa la bula de cruzada, y tan luego estuvo en sus estados, emprendióla con extraordinaria constancia.

Aun cuando el verdadero objetivo de su plan era la toma de Tortosa, comprendió que debia ante todo asegurar las poblaciones mas cercanas, y se dedicó á repoblar Tarragona que yacia arruinada desde su conquista, ayudándole eficazmente san Olaguer, y llevando sus armas hasta los muros de Lérida, obligó á su walí á hacerle tributario.

Algunos descalabros sufrieron las armas catalanas en los años de 1120 al 1123, hasta que el conde de Barcelona ajustó un tratado con el rey de Aragon por el cual se obligaban mutuamente á ayudarse, quedando así desembarazado el catalan para atender á sus aprestos navales y dar mas fuerza á su comercio que cada día iba en aumento.

En 1127 pudo ya imponer condiciones á Génova, que á la sazón estaba en guerra con los pisanos, y en dicho año celebró un tratado con el príncipe de Sicilia por el cual se comprometió á enviarle para el verano próximo una escuadra de cincuenta galeras, indicio notable del aumento de su marina.

Ya indicamos en otro lugar que el rey de Castilla casó en 1128 con D.<sup>a</sup> Berenguela, hija del Conde, casamiento por el cual ganaban los dos pueblos y que fue el cimiento de otras alianzas.

En 1129, muerta ya la tercera esposa del Conde, y conociendo este que se acercaba el término de su vida, hizo profesion de hermano Templario ante Hugo Rigal, que vino á Cataluña á establecer aquella Orden, falleciendo en 19 de julio de 1131.

Sucedióle su hijo Ramon Berenguer IV, digno por todos conceptos de su noble padre, el cual sancionó el establecimiento definitivo de los Templarios, dándoles el fuerte castillo de Barberá en las montañas de Prades.

Al año siguiente falleció D. Alfonso el Batallador en la sangrienta batalla de Fraga, ocurriendo á consecuencia de ella los cambios que ya hemos indicado y que produjeron la union definitiva de Aragon y Cataluña.



GALANTERÍA DE LOS MUSULMANES CON LA EMPERATRIZ D<sup>a</sup> BERENGUELA

Korra, Editor, Barcelona, Rebadar 24 y 25.



## CAPITULO LII.

D. García de Navarra. — D. Alfonso Enriquez de Portugal. — Guerra del emperador D. Alfonso VII contra aquellos. — Entrada de los castellanos por Andalucía. — Toma de la fortaleza de Aurelia (Oreja). — Rasgo caballeresco de los moros con la emperatriz D.<sup>a</sup> Berenguela. — Tratado entre el monarca de Castilla y el Conde de Barcelona.

MIENTRAS que todos los soberanos españoles y aun algunos magnates extranjeros acataban al poderoso emperador Alfonso VII, una reducida porción de la Península no solamente no le prestaba obediencia, si que también iba á mover la guerra tratando de ensanchar su territorio.

El conde de Portugal, Alfonso Enriquez, primo del monarca de Castilla, con las mismas pretensiones de sus padres, secundado poderosamente por los nobles portugueses, proseguía no solamente su obra de emancipación, si que también quería extender sus dominios por la parte de Galicia.

D. García de Navarra, que no era feudatario del castellano mas que por la fuerza y que deseaba á todo trance verse libre de un yugo que se avenía mal con sus belicosos instintos y con su noble altivez, juzgó que en el conde portugués podría tener un poderoso auxiliar, y en su consecuencia por medio de diestros negociadores hicieron alianza para ayudarse mutuamente, atacando al que consideraban como comun enemigo.

Dos condes gallegos, D. Gomez Nuño y D. Rodrigo Perez Velloso, haciendo traición á su legítimo señor, allanaron el paso al de Portugal, el que en 1137 se apoderó de Tuy y de otros castillos y lugares de aquella comarca, derrotando poco despues en Cerneja á los condes Rodrigo Vela y Fernando Perez, que al frente de las tropas leales trataron de vengar la toma del castillo de Allariz, que como bueno defendió valerosamente Fernando Joanes.

Al mismo tiempo el rey de Navarra, al frente de sus soldados, movía guerra al castellano por la parte de Oriente, mas rechazados vigorosamente sus ataques, no solamente le fue imposible hacer el daño que esperaba á su contrario, sino que se vió obligado á permanecer inactivo, por decirlo así, ante las fuerzas destinadas á contrarestarle.

El portugués, cuando mas envaneido se encontraba con sus triunfos, vióse obligado á marchar precipitadamente á Portugal, pues los infieles habian sorprendido la guarnición del fuerte castillo de Leiria pasándola á cuchillo, y derrotaron en Thomar á las fuerzas que acudieron á combatirle; esto, unido á la entrada que el emperador hizo por Galicia, recuperando á Tuy y preparándose para acometer á Portugal, obligáronle á ajustar paces con D. Alfonso VII bajo condiciones sumamente desventajosas, y que prueban la necesidad tan apremiante que le forzó á aceptarlas.

Firmáronse los pactos por ciento cincuenta de los nobles portugueses, en Tuy á 4 de julio de 1137, desprendiéndose de las estipulaciones que aun cuando el Conde conservaba dominios como vasallo del monarca de Castilla, estabase muy lejos todavía de aquella independencia que ambicionaba.

En virtud de este convenio, el portugués se obligaba á ser amigo leal y sincero del Emperador, defendiéndole contra cualquier que le ofendiera ó le atacase.

También se comprometía á respetar los territorios del imperio y para el caso de que alguno de sus caballeros los invadiera, obligábase á ayudar á su primo, á tomar venganza y á castigar al culpable, cual si la ofensa hubiese sido hecha á él mismo.

De igual manera habia de socorrerle en cuantas guerras emprendiese, ya fuera contra los infieles, ya contra los mismos cristianos siempre que de ello tuviera necesidad.

Todos los honores que habian recibido del Emperador su primo obligábase el portugués á tenerlos siempre á disposición de su señor y á restituírselos, bien á él ó bien á sus sucesores cuando lo tuvieran por conveniente (1).

Merced á esto el emperador pudo verse libre de luchas con los príncipes cristianos, y dedicarse á la guerra con el infiel, objeto constante de sus deseos.

Así fue que al frente de las milicias de Segovia, Avila, Osma, Salamanca, Zamora y Ciudad-Rodrigo, penetró por Andalucía, donde dividiéndose las fuerzas en distintos cuerpos, llevaron la destrucción y el saqueo por las ricas comarcas de Ubeda, Jaen, Baeza y Andújar.

El único incidente desgraciado de esta expedición y que obligó al castellano á suspender la campaña por aquel año, fue la sorpresa de un cuerpo de tropas que sin poder reunirse con el grueso del ejército por la repentina crecida que tuvo el río que les separaba, fue degollado por los musulmanes.

En este mismo año de 1138 puso el Monarca cerco á Coria, que defendida con obstinación por los musulmanes, no pudo ser tomada, á pesar de emplearse contra ella cuantos ingenios y máquinas de batir se conocían.

En este sitio falleció el valiente conde Rodrigo Martínez, herido por una saeta, que arrojada desde el adarve, le atravesó la armadura.

Pero si desgraciada fue la tentativa hecha respecto á Coria por el Emperador, no tuvo la misma suerte la expedición llevada á cabo al siguiente año sobre Aurelia (Oreja), fortaleza inexpugnable situada á ocho leguas de Toledo y desde la cual hacían los infieles considerable daño á los cristianos.

(1) Hist. Compostel. I. III.

Si dura y obstinada era la defensa, fuerte y pertinaz era también el ataque y día por día iba disminuyendo la guarnición, llegando al extremo de pedir un armisticio al monarca castellano, durante el cual esperaban recibir refuerzos de Africa.

Efectivamente los almorávides á pesar de encontrarse también algo apurados por la guerra que se vieran obligados á sostener con los almohades, de que ya nos ocuparemos despues, enviaron algunos millares de soldados, que unidos á los que bajo su mando tenia Aben Gania, formaban una cifra que se elevaba á treinta mil.

Esta respetable hueste penetró por las fronteras castellanas y fué á detenerse ante los muros de Toledo, empezando á batirlos con sus máquinas de guerra.

Hallábase la emperatriz D.<sup>a</sup> Berenguela dentro de la ciudad, y las crónicas refieren á propósito de este cerco, un hecho, que demuestra la galantería para con las damas, de aquellos guerreros que tanto se ensangantaban en los combates.

La noble matrona envió á los sitiadores una embajada, diciéndoles que tuvieran en cuenta que era á una dama á quien hacían la guerra y que esto era impropio de buenos caballeros, que pues sed de pelear tenían, fuésen á Aurelia donde el Emperador se encontraba, y allí podrían satisfacer su belicoso anhelo.

Mientras tales razonamientos hacían á los embajadores, D.<sup>a</sup> Berenguela mostróse á los musulmanes en uno de los torreones del alcázar rodeada de sus doncellas, que cantaban acompañándose con las cítaras y salterios; y de tal modo les impresionó tanto el espectáculo, cuanto la embajada, que alzaron el campo, y saludando respetuosamente á la Emperatriz, desfilaron por delante de las murallas regresando hácia sus tierras sin dirigirse á Aurelia.

Esta fortaleza, entre tanto, sin recibir socorro alguno, vióse obligada á rendirse á condición de que se permitiese á la guarnición retirarse á Calatrava, á lo cual accedió el Emperador. (1139).

En febrero de este mismo año, y en ocasión que Alfonso VII se hallaba en Carrion, el conde de Barcelona Ramon Berenguer VI que comprendía de cuanta utilidad podía serle la amistad con el monarca castellano, y que debia proceder con sumo tino y prudencia para aumentar sus Estados de Aragon, pasó á verle acompañado de lucido séquito de nobles caballeros de su país.

Desde los primeros momentos empezó el catalán á trabajar en pro del proyecto que le condujera á Carrion, y un satisfactorio resultado coronó sus esfuerzos.

Firmóse entre el monarca de Castilla y el Conde de Barcelona un tratado contra el rey de Navarra, en virtud del cual se repartieron entre los dos todas las tierras que aquel poseía, para cuando llevasen á cabo la conquista de ellas.

En virtud de esta partición tocaba al Emperador la Rioja con todos los terrenos de esta parte del Ebro tal como los poseyera su abuelo, quedando al de Barcelona, las tierras de Aragon.

Del territorio de Pamplona, el monarca de Castilla se reservaba la tercera parte, y de las otras dos que obtendría el catalán, le reconocería señorío á D. Alfonso como los reyes D. Sancho y D. Pedro se le habian reconocido á Alfonso VI.

Estella quedaba en la parte que al de Castilla correspondía y Pamplona en la de el de Barcelona, haciéndose igual division en lo que pudieran adquirir en lo sucesivo, sin poder ajustar paces ni hacer treguas con el navarro, sin que fuese de mútuo consentimiento.

De este modo se repartían los monarcas los territorios de otro reino, antes, no solamente de haberse apoderado de ellos, si que también sin haber declarado la guerra todavía.

Eran los mas fuertes y creían seguro el triunfo, mas todavía este tratado suspenso unas veces y ratificado otras, habia de ser de imposible realización.

No transcurrió mucho tiempo sin que las consecuencias del pacto de Carrion se hicieran sentir para el rey de Navarra.

Los dos enemigos acometiéronle por distintos puntos, pero halláronse con un adversario apercebido siempre y dispuesto á la pelea.

Mala suerte tuvieron las armas catalanas y aragonesas en aquel primer encuentro. Los navarros derrotaron á los soldados del Conde de Barcelona, y cuando ya tenían seguro el triunfo viendo aparecer un cuerpo de tropas castellanas creyeron que todo el ejército del Emperador estaba sobre ellos, y se fuéron á refugiarse en Pamplona abandonando el fruto de su victoria á los de Castilla, que ninguna participación tuvieron en la batalla.

Preparándose estaba el Emperador en Nájera al año siguiente de 1140, para obrar mas enérgica y decididamente contra el navarro, cuando por mediación de D. Alfonso Jordan de Tolosa que venia de peregrinación de Compostela, llegóse á un acomodamiento, viéndose el rey de Navarra y D. Alfonso VII entre Calahorra y Alfaró con asistencia de la Emperatriz, firmándose á consecuencia de esta entrevista un tratado de paz y amistad entre ambos, concertándose el matrimonio del primogénito del Emperador, D. Sancho, con la hija mayor de D. García, quedando la infanta en poder del Emperador hasta que se hallase en edad de verificarse los desposorios.



HERÓICA MUERTE DEL CAPITAN NUÑO ALFONSO.

Nueva Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.